

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Símbolos enfrentados. Perón y la Iglesia Católica durante el Congreso Eucarístico de Rosario 1950.

Uliana, Hernán.

Cita:

Uliana, Hernán (2009). *Símbolos enfrentados. Perón y la Iglesia Católica durante el Congreso Eucarístico de Rosario 1950*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/656>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Símbolos enfrentados. La Iglesia Católica y la “Oración de Perón” durante el Congreso Eucarístico de Rosario. Octubre de 1950

Uliana, Hernán Antonio (UNR/ISHIR – CONICET)

*Los pasajeros del Douglas comprendieron que solo un milagro podía salvarlos... y, ya cara a cara con la muerte, se abrazaron todos en un gran abrazo... y el recuerdo de Perón y Evita hizo florecer la canción sobre los labios lívidos... Luego, el milagro se hizo.*¹

En 1949 la Fundación Eva Perón envió una misión de ayuda a Ecuador (no sería la última vez que la Fundación enviaría ayuda al extranjero) con 70 toneladas de alimentos, medicinas y ropa para las víctimas de un violento terremoto. Con ellos iban un grupo importante de personas pertenecientes a dicha institución así como representantes de sindicatos. Cuando el avión que los traía de regreso se estaba aproximando a la pista ocurrió una explosión y el aparato se precipitó a tierra envuelto en llamas. Los miembros de la expedición murieron o resultaron gravemente heridos.

Uno de los sobrevivientes contó posteriormente que habían estado cantando “los muchachos peronistas” y, cuando ocurrió la explosión, todos se abrazaron y comenzaron a gritar el nombre de Perón y Evita. En accidentes como estos es casi imposible que haya sobrevivientes... pero aún así algunos se salvaron.²

Este suceso transcurre varios años antes del enfrentamiento abierto entre el Estado peronista y la Iglesia Católica. También antes del Congreso Eucarístico que es objeto de este artículo. Sin embargo contiene elementos de extraordinaria importancia para introducirnos a la tensión latente entre las dos “doctrinas” que intentaban moldear simbólicamente a la sociedad a su imagen y semejanza. Una de ellas llevaba al menos cuatro décadas de lento pero paulatino fortalecimiento que pareciera haber dado sus frutos definitivos con la revolución de junio de 1943. La otra filiaba su origen a esta misma revolución y en pocos años había sumergido a sus competidores políticos y simbólicos del sistema partidario y sindical a un completo silencio, reivindicando muchas de sus banderas y agregándole aditamentos originales.

Entre estos aditamentos está el intento, similar al católico, de construir “una Nación” de ciertas características ligadas a la “doctrina” justicialista, al papel de sus líderes como símbolos (excluyentes, claro está, son las figuras de Perón y, tal vez más importante, de su esposa Eva) y a la potestad de definir los límites de sus competidores en el espacio “semántico” de asignación de sentido.

Pero el ejemplo anterior permite acercarnos a los aspectos menos “materiales” del potencial conflicto. Además de la paulatina “peronización” de espacios como la educación y la asistencia social, reivindicados por la iglesia como ámbitos de su incumbencia, está la mucho más grave insinuación del reemplazo en los “corazones” cristianos del amor al Dios católico apostólico romano cuyo representante e intermediario es la iglesia y su galería de santos, por un nuevo Dios justicialista a los cuales se accede mediante intermediarios profanos sacralizados. Y si el símbolo más importante es una mujer surgida de los sectores populares, hija ilegítima de una relación

¹ *Democracia*, 29 de septiembre de 1949. Citado por Mariano Ben Plotkin *Mañana es San Perón*, EDUNTREF, Caseros, 2007 p 253.

² Para el relato completo ver Plotkin, M. op cit pp 252-253

inmoral, de dudosa reputación previa, lenguaje plebeyo, ambiciosa y con poco tacto al exponer sus ideas (en suma, el exacto contrario a lo que la Iglesia propugnaba como ideal de mujer), el cóctel explosivo estaba servido y solo esperaba una chispa.

Pero esa chispa y el incendio que provocaría aún tardaría años en llegar y su estudio no es el objetivo de este artículo.

¿Como asimilaba la Iglesia las historias como la anterior que eran enormemente propagandizadas desde el Estado? Es difícil, si no imposible, sacar conclusiones definitivas. Pero el hecho de que, ante el peligro de muerte inminente, un grupo de supuestos cristianos se abracen y canten los “muchachos peronistas” mientras gritan el nombre de Perón y Evita, no puede ser ignorado por parte de una institución con pretensión de totalidad (al menos en el aspecto espiritual) como la Iglesia católica argentina. La noción misma de Nación Católica es cuestionada en su parte más esencial y por un Estado que aún le provee beneficios incuestionables.

El dilema al cual se enfrentaba la Iglesia queda así planteado.

LAS CONDICIONES DEL MOMENTO

En general se coincide en que el año 1949 es un punto de inflexión en la relación entre la Iglesia Católica y el Estado peronista (Di Stefano, Zanatta, Bianchi, Caimari). Consolidado el peronismo en el aspecto político-institucional durante los primeros años y llevando a cabo políticas de corte cada vez más “totalitario” en el ámbito social (Plotkin) el potencial enfrentamiento adquiriría cada día mayores visos de realidad.

Algunos discursos peronistas se acercaban peligrosamente a cuestionar la definición “oficial” del buen cristiano, sobre todo cuando se referían a algunos irreductibles curas antiperonistas (los casos más importantes eran monseñor Miguel De Andrea, el Arzobispo de Córdoba Monseñor Fermín E. Lafitte; Monseñor Froilán Ferreyra Reinafé de La Rioja, Monseñor Nicolás Fasolino de Santa Fe, pero también sacerdotes antiliberales como Julio Meinville comenzaron a atacar desde 1949 al “colectivismo peronista”). La reforma constitucional de 1949, a pesar de estar redactada por un reconocido católico como Arturo Sampay, decepcionó a la Iglesia al no incorporar algunas de sus más caras aspiraciones como la indisolubilidad del matrimonio y la declaración del catolicismo como religión oficial. El avance de otras iglesias como la Escuela Científica Basilio o las evangélicas preocupaba también a la curia que culpaba a la inacción del Estado para ponerles freno.

Tal vez lo más irritante era el accionar de la Fundación Eva Perón, y en particular las actitudes de la misma esposa del presidente. Ya dijimos anteriormente que la procedencia y maneras de Eva eran exactamente el espejo de las sostenidas por la Iglesia en cuanto al comportamiento que debía tener una mujer. Si bien es cierto que la misma concepción católica del hogar y la familia parecía ser defendida por la misma Eva, lo cierto es que su actitud irreverente y “masculina” (es decir, de potencia, activa, de poder, de dominio, ambición, etc.) ponía un ejemplo contradictorio en la adquisición de los parámetros de comportamiento femenino. La Iglesia no podía tolerar en su propia ideología que Eva fuera el ejemplo a emular por amplios sectores de mujeres de las clases subalternas, teóricos reservorios de un catolicismo popular al cual la Iglesia Católica viene apelando desde décadas para enfrentar al laicismo “de elite”.

Pero esa crítica a las elites modernizantes no puede ocultar los lazos indestructibles que unen a la jerarquía eclesiástica con los sectores dominantes. El estrecho contacto de la Iglesia con las instituciones de beneficencia previas al peronismo y su mismo discurso en el cual la limosna de los ricos es la obligación central en una sociedad jerarquizada e inmutable, no puede menos que verse golpeada

duramente con la reivindicación de la “justicia social” como “derecho” además del aspecto más material que suponía el paulatino afianzamiento de la Fundación como dispensador de ayuda social masiva en desmedro de las organizaciones privadas. Las historias que ya circulaban (una de ellas abre este trabajo) y que incluían a Eva besando en la boca a leprosos o sifilíticos como una virgen dispensadora de gracia divina³ no pueden menos que haber acrecentado la inquietud de una institución que aspira a la totalidad del control de la simbología sacra.

Aunque había curas y monjas que prestaban sus servicios en la Fundación y tenía un director espiritual en el padre Hernán Benítez, la competencia por un espacio que la Iglesia consideraba de su incumbencia provocaba roces. Esto era agravado por la misma Eva que repetía continuamente las diferencias entre la labor de la Fundación y la de sus predecesoras bendecidas por la Iglesia. Se puede tomar un párrafo de “La razón de mi vida” como ejemplo de cómo se apreciaban estas diferencias desde el punto de vista de la carismática presidenta de la Fundación:

“...no es filantropía, no es limosna, ni es solidaridad social, ni es beneficencia. Ni siquiera es ayuda social, aunque por darle un nombre aproximado yo le he puesto ese. “Para mí, es estrictamente justicia”. Lo que más me indignaba al principio de la ayuda social, era que me la calificaran de limosna o beneficencia. Porque la limosna para mí fue siempre un placer de los ricos. Y para eso, para que la limosna fuese aun más miserable y más cruel, inventaron la beneficencia y así añadieron al placer perverso de la limosna el placer de divertirse alegremente con el pretexto del hambre de los pobres. La limosna y la beneficencia son para mí ostentación de riqueza y de poder para humillar a los humildes. Y muchas veces todavía, en el colmo de la hipocresía, los ricos y los poderosos decían que eso era caridad porque daban -eso creían ellos- por amor a Dios. ¡Yo creo que Dios muchas veces se ha avergonzado de lo que los pobres recibían en su nombre! Mi obra no quiere ser de esa caridad. Yo nunca dije, ni diré jamás, que doy nada en nombre de Dios. Lo único que puedo dar en nombre de Dios es lo que deja alegres y contentos a los humildes; no lo que se da por compromiso ni por placer sino lo que se da por amor.”⁴

Como se sabe, la caridad, desde la óptica de la Iglesia, debía ser un acto individual que requería una relación personal entre el dador y el receptor. En una sociedad inmutable y jerárquica la pobreza no es un accidente sino un dato del orden social. Es más, tiene connotaciones positivas pues somete a prueba la fe de los humildes y permite el despliegue (y ostentación) de las cualidades morales superiores de los ricos. El discurso de los “derechos sociales” viene a romper radicalmente con la concepción tradicional de la beneficencia. El deber moral individual y paternalista de la caridad de elites se convierte en un derecho y un deber social que debe ser implementado por el Estado u organizaciones colectivas (como la Fundación o los sindicatos).

Más allá del cambio discursivo y material, lo que la larga cita nos muestra es el intento agresivo de invadir los mecanismos de generación de sentido que la Iglesia reclama exclusivamente para sí. El más grave es la competencia por definir “lo que Dios quiere” que Eva redirige hacia la concepción peronista de la “justicia”. La justicia de Dios es la justicia del Estado peronista y esta irreverente mujer se pone a sí misma como eje dispensador de sentido con la continua utilización de la primera persona (“para mí”, “yo creo”, “mi obra”, etc.). Calificando a la limosna y la beneficencia como “miserable y cruel” y reivindicando la felicidad de los humildes como un acto de

³ Ver Plotkin, Mariano *Mañana es San Perón...*

⁴ Perón, Eva. *La razón de mi vida*, Buenos Aires 1951 Editorial Peuser, cap. XXXII.

“estricta justicia”⁵ se coloca ya directamente en el campo de disputa simbólica con una Iglesia que ha sostenido desde siempre aquellos actos como impulsados por la mano de Dios que ablanda los corazones de los pudientes.

¿Por qué no pudieron dividirse el catolicismo y el peronismo las esferas de poder y convivir aliados en un proyecto común, como los que la Iglesia argentina creía ver en los regimenes al estilo de Franco o Salazar? La misma concepción de “Nación Católica” y el tinte que el movimiento peronista fue adquiriendo explican en parte esta imposibilidad. También las características personales de Perón (al decir de Halperín, pragmático, poco denso ideológicamente y sin demasiado interés por filosofar) y Eva, la ideología de un movimiento obrero “no tan nuevo” como hubiera creído un Gino Germani (ver Torre, Murmis y Portantiero, Del Campo, etc.) que traía fuertes reminiscencias de un pasado socialista o sindicalista, conspiraban en contra de un entendimiento demasiado duradero.

El monopolio del espacio simbólico que está contenido en la idea de “Nación Católica” debía entrar en contradicción con la intención similar de un peronismo que se afianza como visión alternativa del mundo impulsado por un Estado que comienza a depender cada vez más de su posibilidad de control ideológico al vislumbrarse ya los límites de la política redistributiva que lleva a cabo.

Para colmo de males, la gran polarización que el mismo peronismo impulsa en la sociedad y a la cual sus adversarios también apelan, impone la disyuntiva para la Iglesia de que cualquier conflicto que se desatase quedaría inevitablemente atrapado en esta dinámica de amigo-enemigo.

El 10 de abril de 1948 Perón participó de un homenaje a monseñor Nicolás De Carlo, obispo de Resistencia en reconocimiento por la labor social que realizaba en su diócesis y en su discurso ante el Episcopado expresó:

“...al igual que no todos los que se llaman demócratas lo son en efecto, no todos los que se llaman católicos se inspiran en las doctrinas cristianas. Nuestra religión es una religión de humildad, de renuncia interna, de exaltación de los valores espirituales por encima de los materiales. Es la religión de los pobres, de los que sienten hambre y sed de justicia, de los desheredados; sólo por causas que conocen muy bien los eminentes preladados que me honran escuchándome, se ha podido llegar a una subversión de los valores y se ha podido consentir el alejamiento de los pobres del mundo para que se apoderen del templo los mercaderes y los poderosos y, lo que es peor, para que quieran utilizarlo para sus fines interesados.”⁶

Una crítica poco velada al accionar de una Iglesia comunicada por infinitos canales con la “oligarquía” cada vez más definida simplemente como “antiperonismo” desde las esferas oficiales. Al dar las características de “nuestra religión” se aprecian claramente la lucha por la definición de una “nueva cristiandad” de características similares en sus virtudes a las sostenidas por la “doctrina” justicialista. Además ¿Quién es el consintió que los mercaderes y los poderosos se apoderen del templo sino la misma curia eclesiástica? El peronismo se transforma en la religión de los que tienen hambre y

⁵ Al ser una institución teóricamente independiente del Estado, la Fundación Eva Perón no podía generar “derechos” a través de sus servicios. Sin embargo prestaba asistencia básica y, en muchos casos, esencial a amplios sectores excluidos del sistema estatal y sindical, todo combinado con una agresiva propaganda política que buscaba generar fuertes lazos de dependencia personal entre los beneficiarios y la Fundación que, en su aspecto simbólico, se reducía a lazos de lealtad con Eva Perón.

⁶ Citado por Caimari, *Lila Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995, p 458.

sed de justicia, de los desheredados y los pobres reemplazando a quienes abandonaron su misión por “fines interesados”.

Perón intenta componer un “campo” enemigo que le de la base para definir a su heterogéneo movimiento. No es casual que filie a “los supuestos demócratas”, una alusión poco velada a sus adversarios en la arena política, con los “supuestos católicos” que serían aquellos cristianos solo de forma y no de contenido: Los mercaderes, los poderosos y, más importante en el contexto de la alocución, aquellos que permitieron y consintieron que los primeros se apoderen “del templo”, los sacerdotes antiperonistas.

Otro punto de fricción inmediato al Congreso Eucarístico de Rosario es el conflicto con los espiritistas. La Escuela Científica Basilio fue fundada en Buenos Aires el 1 de noviembre de 1917 y se declara basada en las enseñanzas de Jesús siguiendo la interpretación que de ellas hace su fundador Allan Kardec.

En 1921 le fue concedido permiso de la Policía Federal para realizar reuniones públicas y en 1925 obtuvo personería jurídica. En 1948 el gobierno le anuló su personería jurídica pero en mayo de 1950 suspendió la medida. En julio de 1950 el Jefe de Policía dispuso el cierre de los centros de la institución, medida que debió revocar por orden de Perón. La Escuela anunció la realización de un gran acto público en el Luna Park para el 15 de octubre de 1950, pocos días antes del comienzo del Congreso en Rosario, con afiches publicitarios que proclamaban ¡JESUS NO ES DIOS!, lo que provocó la reacción adversa de la Acción Católica. Ese día al principio del acto se leyó una carta de Perón y Eva adhiriendo al mismo y allí integrantes de la Acción Católica interrumpieron el acto con gritos y lanzamiento de panfletos. Fueron sacados por la policía y siguieron en manifestación por la calle hasta que algunos de ellos fueron arrestados. La prensa católica se hizo eco de este hecho y criticó tanto el silencio de la oficial como el tratamiento, que consideraba privilegiado, que se le daba a este culto.

Finalmente llegaba el momento del Congreso con no pocas tensiones latentes que se acrecentarían por malentendidos y por la actitud del matrimonio presidencial. Desde el comienzo la Iglesia encontró poca predisposición del gobierno en colaborar con la organización “de hecho, la prescindencia oficial en la organización del evento rayaba en el sabotaje”⁷. El desplante que la pareja presidencial haría a la curia tomándose vacaciones justo en la semana que llegaba el legado papal Cardenal Ernesto Ruffini dejando a funcionarios de segunda línea el recibimiento protocolar sería particularmente hiriente para una institución que da mucha importancia a las ceremonias y puestas en escena. Aunque teóricamente fueron las instrucciones enviadas por la nunciatura sobre el protocolo a seguirse para recibir al legado lo que molestaron a Perón, la magnitud de su respuesta (su ausencia) ponen de manifiesto las grietas que para los actores involucrados no podían dejar de percibirse.

LA IGLESIA

La institución eclesiástica católica en Argentina venía de un proceso de consolidación que puede rastrearse hasta principios del siglo XX (Lida, Mauro) pero que se acelera decisivamente en la década del '20 y tiene su culminación en la siguiente.

La Revolución de 1943 representa la cúspide de este proceso cuando el nuevo régimen militar incluye en su agenda no solo aspiraciones largamente ansiadas por la Iglesia como el decreto de implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, firmado el 31 de diciembre de 1943, sino que al mismo tiempo permite una

⁷ Caimari, Lila op cit. p 461.

influencia directa de cuadros católicos en el aparato del Estado especialmente en esta sensible área que es la educación.

El momento del acontecimiento simbólico fundamental del peronismo se dio el 17 de octubre de 1945. Sin embargo la concentración popular que fundaría definitivamente el “carisma” de Perón no recibió ningún comentario de la jerarquía eclesiástica y sólo el diario católico *El Pueblo*, en la pluma de Delfina Bunge de Gálvez, se refiere a este hecho trascendental filiándolo de manera indirecta a la acción de la Iglesia: “Estas turbas parecían cristianas sin saberlo. Su actitud era tal que nos hizo pensar que ellas podían ser un eco lejano, ignorante y humilde, de nuestros Congresos Eucarísticos” (Soneira, 1989:115 citado por Godino p 23). Sin duda, la conquista del espacio público del que había hecho gala la iglesia en sus movilizaciones de la década del `20 y, especialmente, del `30, se perciben en esta descripción. Tal vez este podría haber sido un primer llamado de atención sobre el cambio que sobrevendría en la década siguiente, pero las ganancias materiales y sociales de una Iglesia vista por todos como aliada estratégicamente al Estado (y obteniendo enormes réditos de esta alianza) pueden haber ocultado el peligro que encerraba el 17 de octubre. Esta vez el pueblo cristiano no se encolumnaba detrás de la cruz para enfrentar a los impíos comunistas, socialistas y radicales de la Unión Democrática, sino que apoyaba a un coronel ambicioso que los recibía con un discurso que, aunque con infinitos puntos de contacto con el sostenido por la vertiente de “catolicismo social”, contenía otros tintes verdaderamente revolucionarios para las condiciones de la época. El más inquietante era que su llamado al “Pueblo” se hacía por fuera y en contra de las jerarquías sociales establecidas, aún cuando en última instancia su intención fuera el refuerzo del orden.

Pero ¿Qué opción le quedaba a la Iglesia sino apoyar al emergente líder? Sus conquistas eran frágiles y fácilmente reversibles si esa coalición de partidos laicistas acérrimos y ateos denominada Unión Democrática llegaba al control del Estado.

En sus primeros años Perón no defraudaría el apoyo que la Iglesia le había brindado en las elecciones de 1946. Esta “alianza” entre el Estado peronista y la Iglesia se muestra tanto en el aspecto material, como lo atestigua la transformación en ley del decreto de enseñanza religiosa en 1947 y el incremento de las partidas presupuestarias oficiales para el culto, como en el aspecto simbólico con la presencia de Perón y altos dignatarios eclesiásticos en las ceremonias tanto católicas como oficiales.

Pero el fortalecimiento de Perón y su movimiento en el Estado aumentan paulatinamente su autonomía relativa frente a los grupos que inicialmente lo apoyaron. Esto comienza a definirse en el aspecto simbólico con la aparición de la “doctrina justicialista” que se define como un camino perfecto para lograr la felicidad humana entre el materialismo ateo y el egoísmo protestante.

La reforma constitucional de 1949 impone un fuerte conflicto cuando el texto definitivo no considera que Dios sea la fuente de soberanía por encima del pueblo y que el catolicismo sea la religión del Estado (es decir, el Estado no protegía la “libertad de cultos” sino su mera “tolerancia”). La “doctrina” del justicialismo, reivindicada como cristiana pero no estrictamente católica, asumía un papel esencial sin ligarse a una legitimación divina o, mejor dicho, a la bendición de la Iglesia Católica como intermediaria e intérprete única de la divinidad.

Esto impactaba directamente en como la Iglesia se concebía a si misma: En el orden temporal como pueblo de Dios (la comunidad, *ecclesia*) y en el orden espiritual como cuerpo de Cristo; combinadas estas, además, con las características que le imprimió la misma dinámica histórica argentina, la construcción de la idea de “Nación Católica”. Desde estas concepciones, el violentar la unicidad e indivisibilidad de la Iglesia mediante una interpretación proveniente desde el mundo de lo profano

significaba la inclusión de elementos difíciles, si no imposibles, de asimilar. La Iglesia *era necesariamente* el Pueblo (que teóricamente se había mantenido firme en su esencial catolicismo a pesar de las mareas contrarias de los turbulentos años liberales) y la interpretación de su felicidad en el amor de Dios. La “doctrina” justicialista insertaba un elemento indigerible en la idea de “Nación Católica”.

LA ORACIÓN DE PERÓN

"Es muy fácil someterse a los dictados de una religión si en ellos hemos de cumplir satisfactoriamente sólo las formas pero es difícil una religión cuando uno trata de cumplimentar el fondo. (...) No es un buen cristiano aquel que va todos los domingos a misa y hace cumplidamente todos los esfuerzos para satisfacer las disposiciones formales de la religión. Es mal cristiano cuando, haciendo todo eso, paga mal a quien le sirve y especula con el hambre de los obreros de sus fábricas para acumular unos pesos al final del ejercicio" ⁸

En la introducción habíamos dicho que el escenario era el peor posible para la Iglesia en una lucha simbólica. Expulsada de las celebraciones “peronistas” como el 17 de octubre y el 1 de mayo en las cuales ni siquiera, ya para 1950, se celebraba misa en los actos oficiales, la jerarquía debía soportar ahora el despliegue carismático de Perón que se proponía redefinir explícitamente la definición de buen y mal cristiano...y en una tribuna que la misma Iglesia había montado.

El párrafo citado anteriormente es una desautorización explícita de la Iglesia como cuerpo divino institucionalizado. La religión “formal” se opone ahora a una religión “real” que debe rechazar la hipocresía del que “va todos los domingos a misa” pero “paga mal a quien le sirve y especula con el hambre de los obreros...”. El rito se vuelve superfluo y esta concepción reduce a la Iglesia-institución a la nada. Sin ritos, sin escenificación de la renovación del “Pacto” y la Eucaristía, el “Cuerpo de Cristo” desaparece de los altares y de las bocas de los sacerdotes porque estos no representan “el fondo” de unas enseñanzas que coinciden, sin sorpresa, con las que el Estado peronista impulsa como la “doctrina” justicialista.

Pero hacia el final del Congreso la situación no haría más que empeorar.

En la ceremonia de clausura del V Congreso Eucarístico Nacional el 29 de octubre de 1950, Año del Libertador General San Martín, Juan Domingo Perón, presidente de la Nación, pronuncia la siguiente oración:

“SEÑOR: Muchas veces he hablado a mi pueblo; muchas veces he compartido con él las horas alegres y las horas tristes o difíciles de sus hijos, participando de su felicidad e infundiéndoles fe. En el largo camino de mis luchas muchas veces también he elevado mi espíritu hasta vuestro corazón, rogando por la felicidad de mi pueblo y por la grandeza de mi patria.

Hoy vengo Señor, en cambio, con mi pueblo, y con él, postrado humildemente ante Vuestra Divina Majestad, os reitero públicamente mi gratitud y la gratitud de todos los argentinos, por cuanto nos ha sido dado de grandeza y de felicidad en estos años que llevo al frente de los destinos de la Nación.

⁸ Citado por Caimari, Lila *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995. p 463

Os agradezco porque en vuestra infinita bondad nos habéis concedido la paz y las condiciones espirituales y materiales necesarias para trabajar construyendo esta Nueva Argentina.

Os doy gracias porque habéis tenido a bien inspirarnos desde el fondo mismo de vuestro Evangelio una doctrina de justicia y de amor y porque nos habéis ayudado a realizarla progresivamente en esta tierra y para este pueblo. Os agradezco, Señor, porque vuestro amor y vuestra gracia han sido magnánimos y generosamente derramados sobre nuestro pueblo, y porque vuestra bendición ha descendido abundantemente sobre sus afanes, sus trabajos y sus sacrificios, creando así la situación de mayor bienestar en que se encuentra.

Quiero reiteraros, asimismo, Señor, en esta oportunidad, los ruegos que os he hecho otras veces en la intimidad de mi corazón.

Os pido que vuestro amor siga derramándose sobre este pueblo argentino que os reconoce y os ama desde los comienzos mismos de su vida. Os pido especialmente que lo ayudéis en las luchas que sostiene por su dignidad de Nación justa, libre y soberana y por la dignidad de cada uno de sus hijos. Os ruego que así como acrecentáis la fecundidad de nuestras tierras y el trigo de nuestros campos –que por vuestro amor se consume en la unidad de la eucaristía- se acreciente aún más la fecundidad del corazón de todos los argentinos para que sean una sola cosa en virtud del amor, que es lo único que construye. Os imploro el auxilio necesario para que en mis afanes y trabajos, lo mismo que en las luchas de los hombres que comparten conmigo ahora y después de mi la responsabilidad del gobierno de nuestra patria, nunca se altere nuestro propósito inicial de servir lealmente al pueblo sobre todo a sus hombres y mujeres más humildes, porque estoy seguro de que, sirviéndoles con lealtad y con amor, estaremos siempre muy cerca de vuestro corazón.

Os ruego, también, Señor, por la paz y la felicidad de esta patria nuestra tan querida, y por la paz y la felicidad de todos los hombres y de todos los pueblos del mundo, para los cuales imploro vuestra misericordia y vuestro amor.

Para mí, Señor, no os pido otra cosa que la luz necesaria para seguir conociendo los mejores caminos de mi pueblo y la fortaleza que sea menester para conducirlo a sus altos destinos.

Por fin, con la absoluta conciencia de la responsabilidad que asumo, y en señal de gratitud por cuanto habéis otorgado a la Nación Argentina, en la abundancia de vuestro amor, os ofrezco todo cuanto soy y cuanto poseo, vale decir, mi vida por la grandeza y felicidad de mi patria y de mi pueblo, cuyos destinos deposito en Vuestro Divino Corazón.”⁹

Lo que primero impacta es la ausencia absoluta de cualquier mención a la Iglesia en su papel de mediación con Dios. Perón asume personalmente, y de manera explícita, el papel de un profeta profano que comparte las alegrías y tristezas de su pueblo no como “uno más” sino en la misión de “infundirles fe”, misión que está ligada a una relación íntima y directa con la divinidad a la cual “eleva su espíritu” mediante ruegos “en la intimidad de mi corazón” y que sin duda han sido escuchados porque responde a los deseos divinos el que se cumplan sus pedidos. Excluye así a la Iglesia de su papel de mediador ineludible entre el mundo y Dios reduciéndola a compartir la “gracia” con su propia persona, en el mejor de los casos, y subordinándola, en el peor, a una definición de Nación que no es solo cristiana sino también popular “justa, libre y soberana”.

⁹ Publicado por la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación. Extraído de la página de la Fundación Joven 2000, <http://www.fj2000.org/>

El intento de transferir el papel de mediador Dios/Pueblo se completa con la transformación de la “doctrina” en un dictado divino inspirada “desde el fondo mismo de vuestro Evangelio” refiriéndose directamente a Dios. La realización “progresiva” de este dictado divino que es el justicialismo pasa a manos del Estado peronista y de la misma figura del líder que sacraliza definitivamente su misión. La sola posibilidad de que esta “doctrina” sea presentada como una comunicación directa entre Dios y el Pueblo, a través del líder, es de tamaña herejía que difícilmente la curia católica puede haberla escuchado sin sentir intranquilidad. Es el intento liso y llano de expulsión de la Iglesia del papel que le da sentido a su existencia, el control de lo sagrado.

La ligazón carismática del líder y su pueblo se rodea de un aura divina. Las a veces amargas luchas por la felicidad de los humildes pero también los ruegos al Altísimo se conjugan para sellar una co-pertenencia sagrada. Perón se asume como profeta de una “buena nueva”, capaz de transmitirles fe a los creyentes cuando estos desfallezcan por las adversidades. “Buena nueva” que además se está cumpliendo en la construcción de la Nueva Argentina, tarea bendecida por Dios con las condiciones materiales y espirituales necesarias para que sea llevada a cabo...pero el más grande regalo de Dios a la Nación es el mismo Perón que coloca a la historia reciente en el Sinaí y a su propio gobierno en la Tierra Prometida, hincando la rodilla en agradecimiento “...por cuanto nos ha sido dado de grandeza y de felicidad en estos años que llevo al frente de los destinos de la Nación.”

En la oración de Perón, la aleación de simbología y de ideas-fuerza entre su discurso y el de la Iglesia es esencial para la eficiencia de la transmisión del mensaje. La contaminación de una estructura simbólica tan rígida en su “dogma” como lo es la católica (aunque no lo sea en sus prácticas) por elementos que parecen derivarse “naturalmente” de él (después de todo el Reino de los Cielos será de los humildes, de los niños, de “los que tienen hambre de pan y justicia”...que es lo mismo que sostiene el Justicialismo) no puede menos que redefinirse a favor de la ideología más flexible y menos cristalizada, y de los símbolos que la representan. Perón se liga así al discurso de la Nación Católica al decir que el Pueblo argentino “...os reconoce y os ama desde los comienzos mismos de su vida” intentando hacerse heredero de toda una tradición construida pacientemente por la Iglesia durante cuatro décadas. Pero inmediatamente agrega “Os pido especialmente que lo ayudéis en las luchas que sostiene por su dignidad de Nación justa, libre y soberana...” con lo cual ese pueblo esencialmente cristiano que ha sobrevivido a la impiedad de muchos gobernantes pasados tiene ahora que luchar por las banderas del Justicialismo. Y esta transición es completamente lógica y natural en el discurso de Perón. La esencia cristiana ya no está amenazada por la “extranjería” liberal o socialista que fue derrotada en 1945-1946 sino por la corrupción del alma de algunos falsos creyentes. Ahora es necesario purgar a aquellos que solo son cristianos en la forma y llegar a la “unidad espiritual” del Pueblo mediante la doctrina y sus banderas. Los argentinos deben ser, como en la eucaristía, “...una sola cosa en virtud del amor”...deben ser peronistas.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Trataremos ahora de dejar algunas reflexiones y preguntas sobre el enfrentamiento simbólico entre dos ideologías que buscan dominar el “campo semántico” de generación de sentido sobre parámetros “totales”, es decir, sobre la definición esencial de lo que es “la Nación” y “el buen cristiano” que, en el caso

histórico concreto de la Argentina en este período, implica una definición sobre la totalidad de los aspectos de la vida humana.

Basandonos en la perspectiva de J. M. Pavon retomada por Héctor Godino¹⁰, podemos decir que el combate se da en todos los aspectos materiales y simbólicos que constituyen una “ideología”.

Por “ideología” entendemos un conjunto sistemático de creencias y proposiciones que tienen ciertas características: Es una visión colectiva y parcial del mundo formado por el entramado mental de pre-juicios que afectan materialmente el comportamiento de los seres humanos proyectándose en el ámbito de la experiencia práctica y siendo realimentados desde esta. Esto significa que no es un dato “dado” que domina el comportamiento sino un campo de luchas entre aquellos que proponen el mensaje (Perón, Iglesia) y tensiones con los que lo receptan. Aunque parcial, la ideología es un “particular universalizado” (Laclau) es decir que viene a llenar el vacío irreductible y angustiante de la existencia con una expansión, más allá de sus límites materiales, de ciertos parámetros ordenadores que solo pueden ser sostenidos realimentándose constantemente desde cierta base no racional que mantenga “en suspenso” el juicio que podría poner en cuestión la validez de esta creencia particular universalizada.

En este sentido el peronismo es un “particular universalizado” que llegó trastocando algunas jerarquías definidas y defendidas por la Iglesia como inmutables. La pobreza ya no es “una carga”, “una prueba” o “un estigma” inerradicables, es simplemente el resultado de una *injusticia* que el peronismo está llamado a reparar. El “pueblo” (un particular, es decir, una fracción del conjunto que comprendería a los excluidos, los pobres, los desheredados, los trabajadores, y excluiría a los “oligarcas”, en su amplia definición de “antiperonistas”) se transforma en “universal” portador de los valores y aptitudes esenciales del ser humano en su forma más pura, es decir, divina. Valores que además los “antiperonistas” han abandonado alejándose así de la “Gracia de Dios”. La posibilidad “material” de que este discurso sea aceptado y que el juicio de los receptores sea “suspendido” reside en los logros que la política redistributiva ha tenido en mejorar las condiciones de vida de amplios sectores y en su comparación con la situación previa. Con esta base se puede reforzar la “fe” en la doctrina para sortear las dificultades que comienzan a golpear al modelo de redistribución haciendo hincapié en la “unidad espiritual” teóricamente lograda por la Nación y en el irrenunciable compromiso de Perón para con el Pueblo.

La ideología no es unívoca, no parte exclusivamente de las elites hacia la colectividad receptora, aunque el origen de los enunciados pueda rastrearse hasta aquellas. Es una relación ambigua y dialéctica que queda bien demostrada en que el discurso peronista no abandona las ideas religiosas expresadas en el dogma católico y ni siquiera la idea arraigada en el “Mito de la Nación Católica” de una unidad sustancial entre cristianismo y Nación. Más bien redirecciona este mito y lo confunde con la construcción de una “Nación libre, justa y soberana” que vendría no ha complementar (eso sería negarle esencialidad) sino a “realizar” la verdad del Evangelio que, expresado de forma explícita en el discurso de Perón y su oración en el Congreso Eucarístico, ha sido abandonada por la Iglesia al permitir a los mercaderes y poderosos ocupar el templo. Dicho de otra forma, los colectivos receptores no son tábulas rasas, tienen

¹⁰ En general, la reflexión será inspirada en las definiciones de José M. Pavón *Las ideologías* citado por Godino, Héctor Luis Alberto en un trabajo presentado en el VIII Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político (noviembre del 2007) llamado “Iglesia y Estado peronista. Bases ideológicas y acciones del conflicto”.

sistemas de creencias sedimentados que interactúan con los esquemas propuestos y que además necesitan anclajes en la realidad material para ser reactualizados.

Esta “reactualización simbólica” de los parámetros ideológicos busca funcionar como “control social” y como “cemento social”, es decir, busca justificar y legitimar a la vez que cohesionar. El punto de fuga es que no parte de un “dominador absoluto” como podría ser una clase dominante que instrumentaliza al Estado. Es resultado de una lucha de grupos con recursos materiales y simbólicos importantes que intentan consolidarse y aspiran a la “hegemonía”, tomada esta en el sentido gramsciano de dirección cultural y de sentido de una sociedad particular o en el sentido laclauiano como el intento de imponer un único “particular universalizado”: el pueblo peronista o el pueblo católico, solapados en muchos aspectos (aunque cada vez menos al cobijarse muchos “oligarcas” en la Iglesia) pero no coincidentes. En este momento particular los grupos más importantes para luchar por esta hegemonía de sentido son el peronismo y la Iglesia Católica. El tiempo mostraría que, contra las apariencias del momento, el primero no era tan fuerte como para lograr una victoria definitiva ni la segunda tan débil como para no poder resistir de forma eficiente y, en última instancia, victoriosa.

El efecto que esta lucha “por los corazones” puede haber tenido en aquellos que eran destinatarios de los mensajes contradictorios de unos y otros solo puede ser hipotetizado. La virulencia que adquirió, durante el período final de este “primer” peronismo, el enfrentamiento entre la Iglesia y los sectores que apoyaban al régimen, puede llevarnos a pensar que el mensaje caló profundo en amplios sectores de la sociedad como para identificar nítidamente quienes eran los enemigos de uno y otro bando. Es cierto también que la atmósfera de polarización no dejaba demasiado resquicio a una salida “neutral” ya que la “doble columna” amigo/enemigo, peronismo/antiperonismo, debía engullir necesariamente toda acción propuesta en la dinámica propia del conflicto que a estas alturas involucraba aspectos sociales, económicos y culturales, atravesando la sociedad entera.

- Bianchi, Susana y Sanchos, Norma *El Partido Peronista Femenino*, CEAL, Buenos Aires, 1988
- Bianchi, Susana. «La crisis de la hegemonía 1954-1955». revista *Criterio* junio 2005, no.2305.
- Bianchi, S. *Catolicismo y peronismo. Religión y Política en la Argentina 1943-1955*, IEHS, Tandil, 2001.
- Bianchi, Susana y Spinelli, María Estela (comps.) *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea*, IEHS, Tandil, 1997.
- Buchrucker, *Cristián Nacionalismo y peronismo*, Sudamericana, Bs. As., 1987.
- Caimari, Lila *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995.
- Devoto, Fernando y Barbero, María Inés *Los nacionalistas*, CEAL, Buenos Aires, 1983
- Devoto, Fernando *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna, Siglo XXI*, Buenos Aires 2002.
- Di Stéfano, Roberto y Zanatta, *Loris Historia de la Iglesia Argentina*, Mondadori, Bs. As., 2001.
- Frigerio, José Oscar «Perón y la Iglesia. Historia de un conflicto inútil». revista *Todo es Historia de Buenos Aires* (nº 210 de octubre de 1984.).

- Germani, Gino *Estructura social de la Argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1955.
- Germani, Gino *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962.
- Ghirardi, Enrique *La Democracia Cristiana*, 1ª edición (en español), Centro Editor de América Latina S.A. 1983
- Halperín Donghi, Tulio *La larga agonía de la Argentina peronista*, Ariel, Buenos Aires, 1994.
- Lida, Miranda. «Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas.». Bol. Inst. Hist. Argent. Am. Dr. Emilio Ravignani. [online]. ene./jun. 2005, no.27.
- Luna, Félix *Perón y su tiempo. III. El régimen exhausto*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana. 1986
- Mauro, Diego *De los templos a las calles. Movilización, organización y política en el catolicismo Santa Fe 1920-1940*, tesis de licenciatura, inédita.
- Mauro, Diego *Las caras de la política. Las tramas subterráneas entre la política de masas, el reformismo liberal y la Iglesia Católica, Santa Fe 1920-1937*, Tesis doctoral, inédita.
- Murmis, M. y Portantiero, J.C. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1984.
- Torre, Juan Carlos (dir) “Nueva Historia Argentina” tomo VIII, Buenos Aires. Editorial Sudamericana, 2002
- Perón, Eva. *La razón de mi vida*, Buenos Aires 1951 Editorial Peuser.
- Plotkin, Mariano Ben “Rituales políticos: La celebración del 17 de Octubre y el imaginario peronista 1945-1951”. En *El 17 de octubre de 1945* (Juan Carlos Torre, comp.). Buenos Aires. Ed. Ariel. 1995
- Plotkin, Mariano *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1994.
- Potash, Robert A. *El Ejército y la política en la Argentina (I) 1928-1945. De Yrigoyen a Perón* Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
- Potash, Robert A. *El Ejército y la política en la Argentina (II) 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
- Torre, Juan Carlos *La vieja guardia sindical y Perón*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.
- Torre, Juan Carlos (comp.) *La formación del sindicalismo peronista*, Legasa, Buenos Aires, 1988
- Zanatta, Loris *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Buenos Aires, 1996.
- Zanatta, Loris *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1943-1946*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.